

Víctor Ruiz Iriarte

**“Diálogo y comentario. Política de café”**

*Nueva Política* 14 (15 abr. 1933):14

¿Cuánto se ha menospreciado, en juicios irónicos y displicentes, la gran política española de la mesa del café? Algún gobernante actual, en uno de sus estrepitosos discursos, llegó a decir, con el deje irónico y socarrón que le caracteriza, que la República había abolido la política de café.

Es difícil. Es imposible. Casi todos los actos más o menos trascendentes de la vida de un español tienen su origen en un rincón de ese café, con muchas lunas biseladas, que asemejan otras tantas reproducciones de nuestra personalidad; sentados, casi tumbados en uno de esos divanes rojos, tan acogedores y llenos de una suave pereza voluptuosa, y ante el símbolo de un vaso de café y medio panecillo, untado de ese engrudo blanquecino que pomposamente se califica de manteca...; allí, el escritor, escribe; el negociante, negocia, y andando los años... ¿quién no recuerda con placer aquel encuentro feliz, de una noche madrileña, en el rincón del café?, y en mesas y grupos diseminados, sólo unidos por un afán: discutir, vuela un tema severo y regocijante: la política.

¡Política de café!... Política de españoles..., de viejos y de jóvenes; de modistillas, de madres, de novios y de desocupados. Política, que refleja el sentimiento español, de la crítica y el donaire. Política, en que, bajo la capa de un dicho castizo y una ocurrencia socarrona, se esconde ese fantasma que don Manuel Azaña califica de efímero e invisible: la opinión. La opinión, que para el jefe del Gobierno es como un duendecillo que juguetea con su persona, y que él afirma que no ve por ninguna parte. La opinión, que lo mismo se desborda en la plataforma de un tranvía, que en la mesa del café de lunas biseladas y rojos divanes voluptuosos.

En un atardecer madrileño. En ese momento en que se confunden la retirada del sol, un poco humillante y vergonzoso, con la salida de los primeros periódicos, como heraldos de la nueva noche; sentados a mi lado en una mesa del café, en la que sobre el mármol blanco y manchadizo, con vetas negras que enturbian su pureza, se advertía escrito, con mano tímida de principiante, algún verso de poeta en embrión, había dos hombres; el uno de negro, con mirada un poco agría de hombre aburrido, debía ser un pequeño filósofo; el otro, con su traje claro, su cara rechoncha y sus carrillos coloradotes, parecía un gran ingenuo... El primero hablaba con un poco de pedantería inconsciente; el segundo, con una sonrisa de hombre incrédulo, que por ignorarlo todo,

de todo desconfía.

\* \* \*

El ingenuo. —¿De manera que usted opina...?

El filósofo. —Como le decía... El señor Azaña no ha tenido en cuenta para gobernar que el carácter español es un poco coquetón. En vez de la orden, nos gusta el ruego. En vez de prohibirnos, nos gusta que nos supliquen. Claro que para gobernar, ante todo, es preciso energía. Pero la energía no ha estado nunca reñida con la simpatía; al contrario, son dos sistemas que se atraen y se complementan... Un jefe de Gobierno que cuente con simpatías en la opinión del país, gobierna para el pueblo, y para él, que son dos formas de gobernar. Claro que para don Manuel la opinión es un mito. Un fantasma con que le quieren asustar las oposiciones. Yo creo que alguna vez en sueños se le aparecerá una figura de Hércules, con un gran espadón en la mano, que con tono de voz displicente como sus palabras, le dirá: «¿No dudabas de mí?, aquí me tienes... Soy la opinión...»

El ingenuo. —¡Je!... ¡Je!...

El filósofo.—¡Ah!... ¿A usted le hace gracia?

El ingenuo. —¡Je! Es que tiene usted una fantasía...

El filósofo. —La fantasía es uno de nuestros tópicos para disfrazar lo que verdaderamente pensamos...

El ingenuo. —Diga usted, ¿en la política también hay fantasías?...

El filósofo. —En la política del momento hay algunas realidades dolorosas. Pero en la que nosotros llevamos dentro..., porque no se olvide usted que cada español del anónimo..., es un político frustrado. Todos tenemos nuestro programa irrealizable. Cuando esté usted en su casa, con su familia, con sus hijos, cada uno de ustedes pensará de una forma, con un rumbo distinto. Cada hogar es un Parlamento en pequeño.

El ingenuo. —Es que... ¿sabe usted?... Nosotros..., mi familia...

El filósofo. —¡Ja! ¡Ja!..., ¿ve usted? Ahora el que ríe soy yo... Sé lo que va usted a decirme... No son ustedes ministeriales con el Gobierno actual... ¡Como todos, en el fondo!...

El ingenuo. —Entonces... eso de: «Maura, no». «Lerroux, menos»...

El filósofo. —En eso consiste la verdadera utopía..., la duda ante la certeza. El absurdo de querer negar la realidad. El afán angustioso del naufrago que duda a qué tabla ha de agarrarse para salvarse...; y duda entre acudir a su barco destartado y ruinoso o al de su contrincante, nuevo y triunfante.

El ingenuo. —¡Je! Usted lo ve todo, en su filosofía...

El filósofo. —La mayor filosofía es pensar entre lo absurdo y lo real. Si el pensamiento de todos nosotros se expresara en voz alta, cada uno de nosotros sería un filósofo consagrado. Kant, Schopenhauer y otros tantos, se sentían francos al verter su pensamiento en las cuartillas.

El ingenuo. —Yo creo que, en política, también hay franqueza...; Maura...

El filósofo. —¿Ve usted...? Toda la atracción política de don Miguel consiste en su franqueza aparentemente brusca y enardecida, pero con un doble fondo de razón y simpatía...

El ingenuo. —Tiene usted razón. Yo soy un ingenuo...

El filósofo. —A veces, en una ingenuidad sin importancia, puede estar la más grande de las filosofías...

\* \* \*

En diciendo así, el pequeño filósofo calló. El ingenuo apuró su último sorbo de café... y yo pensaba que entre nosotros merodeaba la sombra de Hamlet:

«Palabras, palabras y palabras...»

Pero las palabras son la realidad, la realidad son los hechos y los hechos pueden ser las urnas... Y el señor Azaña sabe, como los demás, aunque lo niegue —coquetería humana—, que existe ese duendecillo que se llama: opinión pública. Es invisible, pero es palpable..., como el humo del cigarro del hombre filósofo en la mesa del café.